

lar que con el automovilismo, y como reacción contra él, nació un gran amor hacia la Naturaleza, Camba aborda el mencionado tema, empezando por mostrar lo absurdo y ridículo de tal planteamiento:

... pero, aunque el automovilismo fuese, efectivamente, inadecuado a la contemplación del paisaje, ¿qué importaría esto? Al inventar el motor a explosión los técnicos no se propusieron, ni mucho menos, resolver un problema de óptica, sino dotar al mundo de un nuevo medio de transporte. ¿Que este medio de transporte no sirve para ver las bellezas naturales? Y las linotipias, ¿es que sirven para verlas? En cambio, esos gemelos prismáticos, a través de los que adquieren tanta nitidez los puntos más borrosos del horizonte, serían completamente inútiles en una imprenta como máquinas de componer⁸.

Pero de inmediato se desmarca del lugar común –«yo no comparto la opinión de que las grandes velocidades automovilísticas impidan ver el paisaje»– y pasa a analizar en qué consiste la novedad que en nuestra visión del paisaje traen los modernos medios de transporte –automóvil y aeroplano–, contrastando humorísticamente la etapa anterior y la nueva, y pasando a continuación a formular, ya en tono grave y con la extraordinaria agudeza que le caracteriza, la naturaleza del cambio operado:

Creo que, hasta la invención del automóvil, no hemos tenido del paisaje más que visiones defectuosas y fragmentarias. Lo veíamos, eso sí, con una gran minuciosidad; pero semejante visión era más propia de animales domésticos que de animales políticos. Era una visión de gallinas, cuyo mundo acaba donde acaba su horizonte. El hombre necesitaba hacerse una idea plástica de su España o de su Francia, y esta idea se la va haciendo hoy gracias al automóvil y al aeroplano. A la antigua visión en detalle suceden las grandes visiones de conjunto, y el paisaje actual ya no es, como el antiguo, un paisaje analítico, sino, al revés, un paisaje sintético. Porque el paisaje se transforma a medida que se transforman los medios de locomoción para los que no constituyen un fin y de los que es, más bien, una consecuencia. Ustedes dicen que el automóvil no sirve para ver el paisaje; pero, ¿de qué paisaje hablan ustedes, señores? No servirá para ver el paisaje del carromato; pero posee, en cambio, un paisaje propio, que es creación suya. Eso que ustedes consideran una visión deficiente del paisaje, eso es el paisaje moderno. El paisaje moderno tiene una velocidad media de sesenta kilómetros por hora, y cuando ustedes creen verlo a diez, es decir, cuando miran ustedes a su alrededor desde una diligencia, lo que real-

⁸ «Sobre el paisaje automovilístico», *Sobre casi todo*, p. 78.

mente ven es un paisaje muerto, que pertenece ya a la historia. Decididamente, no seré yo quien combata al automovilismo por amor a la Naturaleza. Para combatirlo me basta y me sobra con el hecho de no tener automóvil.

Indomeñable e irreductible Camba, como siempre que se propone combatir el lugar común, tanto mediante el procedimiento larriano de mostrar el absurdo por reducción al mismo absurdo como mediante el empleo de una impecable lógica, según puede apreciarse en las líneas finales de la cita. «Un sitio para escribir artículos» es una ácida desmitificación del escritor-viajero al modo romántico y de determinados espacios y escenarios como indiscutibles parajes de inspiración literaria, al par que una sólida revisión de determinados tópicos aparejados a la figura del escritor y al propio quehacer literario:

Yo no comprendo que la Naturaleza inspire a los escritores y que no inspire, por ejemplo, a los cerrajeros. Es decir: eso de que frente a la Naturaleza un escritor sienta el deseo irresistible de hacer un artículo, me parece igual que si un cerrajero sintiera en el mismo caso el deseo irresistible de hacer una cerradura. // Porque los artículos y los dramas, los versos y las novelas tienen generalmente con la Naturaleza una relación semejante a la que pueda tener la cerrajería. No nos hagamos ilusiones. La literatura no es, como creen muchos literatos, una cosa tan grande y tan bella como el mar o como el cielo; a lo menos, la literatura que hace todo el mundo. Es una mala manera de ganarse la vida, y nada más. (*P*, 139).

En este sentido, nada más irreverente que el artículo «Filosofía sobre la maleta», en el que pulveriza un elemento habitual en la literatura viajera: el discurso –elocuente, ditirámico, melancólico y falso, por estar contagiado de literatura– que el viajero dirige a su vieja maleta, máximo exponente de los objetos mudos que se constituyen en compañeros de viaje. Si la maleta hablase, sin embargo... «–Pero ¡so charrán! –le diría a su dueño–. ¡Si yo no he pasado nunca de Guadalajara! ¿Qué viajes ni qué aventuras son ésas? Y si estoy tan estropeada es porque más de una vez usted me ha tirado villanamente del balcón a la calle para marcharse de la casa de huéspedes sin pagar...» (*L*, 26–27).

Y bien, lo lógico es preguntarse cómo un personaje tan escéptico (incluso descreído) hacia los viajeros y los escritores-viajeros escribe miles de páginas de tal naturaleza. ¿De qué se ocupa en ellas, si ni el Arte, ni la Historia, ni la Naturaleza parecen interesarle? Pensaba titular esta nota «Un batracio aventurero rodeado de vidas», intentando así apuntar el dibujo esencial que proyectan los artículos viajeros de Julio

Camba: el yo del narrador en medio de las gentes (las vidas, el vivir) que encuentra a lo largo de sus aventuras, aplicando a cada polo del cuadro la misma lente de enfoque. Y en todas ellas, combina el modo expositivo con una escena dialogada, protagonizada por personajes anónimos, o bien por otros individualizados (entre quienes convive), o incluso por un «imaginario interruptor» que le interpela rompiendo así el discurso único, además de sugerir con tal recurso, que es el interlocutor (el lector) quien interviene y se aproxima a la realidad o experiencia del viajero. Muy a menudo encontramos piezas enteramente dialogadas, que resultan de un dinamismo notable y de una gran viveza. La materia de los asuntos tratados procede directamente de la experiencia vivida u observada, e incluso de hechos o sucesos noticiados por la prensa.

Ácido, irreverente, original, espontáneo, agudo, provocador, impertinente... este impar coleccionista de países nos ha dejado en sus artículos nómadas una de las más genuinas muestras de literatura de viajes:

... yo me declaro un poco atacado de esta enfermedad de los viajes. Así, como hay quien colecciona sellos de correos, puños de paraguas, pipas, corbatas, fotografías de actrices o billetes de Banco, yo colecciono países. (AP, 77).



Borges con Victoria Ocampo y Leonor Acevedo de Borges